

RESEÑA:
“PURAS MENTIRAS. COMUNICACIONES EN CRISIS.”
AUTOR: RODRIGO BROWNE SARTORI.
EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA
PLATA (EDULP). ARGENTINA, 2023.

<https://doi.org/10.56754/0718-4867.2023.3494>

Dr. © Mauro Iván Salazar J.
Universidad de La Frontera, Temuco, Chile
mauro.salazar@ufrontera.cl
ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-2280-0378>

Recibido el 2023-09-11

Es necesario consignar la economía escritural del libro desde sus intersecciones biográficas, y ficciones con los formatos académicos, como una posible pregunta y *mal*-estar, ante las orientaciones del tiempo artificial. La textualidad del mismo impugna -por destellos, emplazamientos, alusiones o intercambios ciberepistolares- un régimen medial donde las comunicaciones quedan capturadas en los dispositivos de “capitalismo informacional”. Ello debe ser escrutado, mediante “*ensayos críticos*” y [*fragmentos*] de (*des*)orientación para nuestros tiempos de “comunicaciones en crisis” (10) donde la producción de escándalo se ha naturalizado en el campo de las mediaciones, ya sea por el asesinato de George Floyd, Donald Trump o el uso de redes en el caso de Bolsonaro. La intensificación del *capitalismo de plataformas* (“paradigma zoom”) se expresa en procesos de *Fraude Book* (11) y “zoomización” (13), que dan cuenta de una colosal trastocación del tiempo y el espacio, donde se diluye todo horizonte de sentido. Aquí existe una necesaria duda ante el porvenir tecnológico. El trabajo declara su vocación crítica respecto a las imágenes, “...desde la iconofagia (*Baitello, jr.*), la gula (*Flusser*), el “*Fraudebook*” (*Serrano*) y las *selfies* (*Villoro*)” y desliza una distancia -no reactiva- con los post-humanismos digitales. Las “sociedades de

consumo” han derivado hacia “economías mediáticas”, mediante un *collage* de formaciones textuales-discursivas que prefiguran formatos de vigilancia, a saber, saturación de imágenes, liderazgos mediáticos, audiencia infieles, violencias urbanas, construcción visual de la gobernabilidad y *coaching* lingüístico. En su libro *Infocracia*, Byung Chul Han, sostiene que “la soledad es la primera condición de la sumisión total [pues] los datos aislados no se comunican” (2002, p. 7). En efecto, en sus más variados usos, la comunicación puede devenir en la vanguardia capturada por la velocidad financiera del capital.

El llamado "fatalismo" fue radicalmente intensificado por el fenómeno de la pandemia (COVID-19) y los usos que hacen las corporaciones digitales -paradigma *Silicon Valley* como ideología californiana del emprendimiento- respecto a los Estados post-soberanos revelan la subsunción en mercados glonacales. La escritura de Browne es litigante, e implica enjambres, atajos, itinerancias, respecto a formas de comunicación que están tensionadas por el aceleracionismo de los flujos mediales. Una prosa revoltosa, híbrida y rizomática, como se señala al final del texto, se sirve de recursos “eclecticos, dispersos, dislocados” (10), y es una forma de asediar los dogmas profesionalizantes, acudiendo a una yuxtaposición de pasajes para dar cuenta de una “comunicación en crisis”, que pende de dispositivos securitarios (biomédicos) que domesticar el sentido común y corroen la posibilidad de un reparto de lo común. La ráfaga de sucesos desatados por el espiral virtual, impide articular un relato de la vida cotidiana, salvo su sujeción a temporalidades distópicas -no lineales- donde lo prevalente son tecnologías y soportes al servicio de “puras mentiras” -al decir del título del libro.

A la entrada del texto el autor sostiene,

Las ideas, en este contexto, son reflexionadas, discutidas, desarrolladas -e incluso deconstruidas y vilipendiadas- en varias ocasiones a la luz de las derivaciones de un sin número de amigos y amigas que enriquecen y enriquecieron una forma de ver las “ciencias” y el “mundo”, fuera de los mecanismos de estrechez y confinamiento social. (p.7) Cabe advertir que el texto “indisciplinado” no está tras la búsqueda de una progresión argumental, sino que cultiva una duda sobre las posibilidades del lenguaje experto y su corporativismo medial. De allí que su contribución abrace la sugerencia, la imagen invertida y las citas traviesas. La duda ante la técnica (“*informacionalismo*”) ha confiscado la sociabilidad inscrita en los modos de existencia, por ello cabe declarar oficialismos culturales, rebeldías cognitivas, y objetar los formatos refractarios de la ciencias sociales -investigaciones en comunicación-. Esto implica una latencia insurreccional que desborda la economía argumental del saber universitario, a saber, la experiencia vital de las subjetividades y los cuerpos que han sido capturados por el capitalismo informacional en

tiempos de confinamiento, alta conectividad y pérdida del sentido social. La pandemia, concebida como el primer virus post-fordista del XXI, abrió la era geológica, y comprende una fragilización del tejido social –la llamada obsolescencia programada- que corona la “muda vida” -Giorgio Agamben- administrando el control de los cuerpos y haciendo de la vida cotidiana un tiempo anárquico, imposible de verbalizar, que exacerba fobias, y hace del pánico una forma de controlar la subjetividad que pareciera ir más allá de las formas panopáticas y biopolíticas analizadas por Michel Foucault. Un momento del “*tecnovirus, le llama Viscardi- que nos tuvo encerrados, empantallados, “zomeados” y lejos de lo que nosotros mismos definimos como “normalidad”*” (17).

La vida cotidiana deviene en un espacio colonizado por las afecciones de la informatización agravando una experiencia patológica (con días contabilizados) que sulfura estados de afección, temores, adicciones y consumos, donde la muerte se muestra en clave de “La sociedad del espectáculo” (Debord, 1967). El control del paisaje urbano que implicó el Covid-19, nos llevó a una “seguridad cristalina” que fue capaz de vaciar los mundos posibles, fomentando espacios de control, redes monitoreadas, señaléticas estandarizadas, comunidades virtuales, y encierros patologizantes que pueden ser controlados por el panoptismo de los expertos y sus nomenclaturas cerradas. El “capitalismo de plataformas” ha sido capaz de des-subjetivar la experiencia del orden colectivo y el sentido de las comprensiones de las prácticas intelectuales. El “dispositivo excepcionalista” abraza la ficción de un cuerpo prístino, donde el terror del contagio tiene como momento pregnante el control de los cuerpos que abundaban en contagio. Ello nos confinó a la suspensión y administración del tiempo, donde no hay proyecto posible, salvo el momento homogéneo de la dominación, que sin embargo puede controlar la arquitectura fragmentada de la realidad. Ante el mapa de la desorientación que aquí se describe, el autor se pregunta, *¿Qué hacer? ¿Cómo fuimos capaces -de un zuácate- voltear nuestras estructuras sociales, públicas y privadas, nuestras vidas “reales” en formatos de relaciones e interrelaciones remotas?* (12).

Hay un nudo que el trabajo de Rodrigo Browne desliza, aunque nunca promete avanzar en un programa de investigación -no es el objetivo del ensayo crítico- que se relaciona con un desplazamiento radical que abunda en disolver certezas socio-epistémicas y ligar el confinamiento mediado por la plataforma como una nueva tecnología de gubernamentalidad, inaugurando flujos mediales en el contexto del *Antropoceno*. Esto implica una pregunta radical que, potencialmente, puede tener implicancias para la relación entre la velocidad de la comunicación y el campo investigativo en comunicación -sus necesarias rutinas burocráticas- en un contexto donde los flujos de la hiper industria cultural

requieren dialogar con lo intempestivo que se ve reproducido en el marco de un “capitalismo drómico” (Virilio, 1987). Si todo gira en la perspectiva de una nueva *prognosis* del capital y la comunicación puede ser una mercancía y un fragmento que articula una economía política con los diversos subcampos de la comunicación -su velocidad y carácter gaseoso (convocando a Zigmunt Bauman), tenemos procesos de sistematización, control del objeto, y las aspiraciones de validación de los estudios en comunicación al interior del capitalismo académico.

Y es que la “zoomización del mundo” (31) implica una distinción entre “globo” (espacio homogéneo diagramado por dispositivos cibernéticos de control de cuerpos), respecto a “mundo”, como una diseño que mantiene en vilo la experiencias, la comunidad, las disputas de sentido, pero que, sin embargo, en el despliegue de la hiperrealidad ha padecido un momento de fractura radical mediante *“contraseñas, los password y los dispositivos de privacidad virtual que se tornarían en el pasaporte que nos llevaría a una nueva vida digital”* (23).

El autor cuestiona formas de despliegue securitario, el régimen informacional nos ha permitido entender las tecnologías del presente -o de la actualidad- como un intervalo de las contingencias que derivan en una forma estructural de la comunicación en tiempos de algoritmos. Ello abre una pregunta acerca del estatuto de “lo real” -parafraseando a Lacan- que no necesariamente debe ser concebido como *fake news* de la posverdad o Facebook de la *falsa consciencia*. Pese a esta observación cabe consignar que el autor declara su distancia con una concepción apocalíptica que abundan en “fascismos moleculares”.

En un apartado titulado “Comunicación indisciplinada” el autor sostiene lo siguiente, *Desde hace un tiempo que la comunicación anda desorbitada. Ha perdido su norte y ese desorbitaje se ha traducido en un sinfín de muchas acciones que pueden caer y caer dentro del rótulo que, supuestamente, le da “sentido”, casi como si de un perfecto estatuto epistemológico se tratase...La comunicación, en esta etapa, se ha frenetizado, sin saber -ni ella misma- donde están sus límites, sus delineamientos y sus horizontes* (75).

Aquí el trabajo se hace parte de la necesidad de fracturar una comunicación ultra-mediaticada -y en diálogos con Víctor Echeto el desafío es tomar distancia de una comunicación normativa (canónica), absorbida en la pretensión cientificista de disciplinas que disciplinan y que abundan en la “precarización de la creatividad” (Carlos Ossa, 2016) y reducen las credenciales del campo intelectual a plusvalía cognitiva.

En suma, se trata de un libro con vocación contrahegemónica e intersticial que busca desmasificar, o bien, evitar el concepto monolítico de la comunicación corporativa, capturada en tecnologías de gubernamentalidad que sancionan los feminismos, los cuerpos y las subjetividades. Un libro dice al autor -en sus búsquedas con Víctor Echeto- que está presidido por extravíos, discordancia, fuerza imaginal, y que se abre a la polifonía, evitando los binarismos policiales de un campo profesionalizante, a saber, grieta, fisura y abismos temporales, donde la escritura intenta relevar la práctica crítica de la comunicación, más de la formas manageriales del “conocimiento del data”, y establece tendencias por “espacios intersticiales y liminales”. En suma, en tiempos de “iconofagia radical” la comunicación entra en una *post*-historia donde las nociones de *tiempo*, *experiencia* y *sentido*, hacen de la misma un tumulto noticioso del presentismo que elude pasados, celebra la impunidad del simulacro y actúa cuál dispositivo de control y espectacularización de lo político.